

pectos que le acercan a esa tradición conservadora y católica, quedó pendiente la faena de identificar y sopesar aquellos elementos que le alejan de ella. Me refiero a su vehemente defensa del hitlerismo, al que, muy forzosamente a mi criterio, Borrego pretendió armonizar con el catolicismo, y su tenaz antijudaísmo, que fue llevado hasta extremos perturbadores para la ortodoxia religiosa. La mención de esos aspectos habría permitido valorar a don Salvador Borrego en lo que tiene de ecléctico, agregando relevantes matices que abonan en favor de lo inusual de su perspectiva, al menos entre la intelectualidad mexicana.

En conjunto, un relato bien escrito que merece ser conocido, en especial por todos los interesados en la historia de la contrarrevolución mexicana. La investigación del doctor Jasso constituye una importante contribución al mejor conocimiento de un escritor referente, en México, para los núcleos de oposición radical «de derecha» a las políticas del mundialismo.

Rodrigo RUIZ VELASCO BARBA

Estanislao Cantero Núñez, *Auguste Comte, revolucionario a su pesar. El control social contra la libertad y el derecho*, Madrid, Marcial, Pons, 2016, 192 págs.

De Estanislao Cantero, historiador y jurista, amigo de la Ciudad Católica, conocíamos ya otros libros también de excelente factura, últimamente: *La contaminación ideológica de la historia* (2009) y *El concepto de derecho en la doctrina española. La originalidad de Vallet de Goytisolo* (2000). Por sus colaboraciones en la revista *Verbo* de Madrid sabíamos que en los últimos años estaba dedicado al estudio de la vida intelectual en Francia en el siglo XIX y, fruto de estos largos y serios estudios, es este su nuevo libro sobre el polémico padre de la sociología y el positivismo de escuela. Se pliega así a un distinguido lote de escritores hispanos estudiosos de Comte: Urdánoz, Sanguineti, Riezu, Petit Sullá, Negro Pavón, Atencia, Jiménez Abad, entre otros.

A lo largo de los doce capítulos del libro, Cantero va ahondando cada vez más –como un taladro que trepana la tierra en profundidad– en la médula del sistema comtiano y su influencia. Hay aquí una gran virtud: el autor no se ha dejado amedrentar por las ambigüedades, reiteraciones y contradicciones de la obra de Comte, como tampoco por la pesadez de su lectura. Salir airoso de la empresa es ya un mérito, pero el mayor está en aplicar su fino espíritu en dotar de una estructura fundamental al amasijo comtiano, al que indaga y critica con sensibilidad histórica, filosófica y religiosa.

Porque no hay duda alguna que la ley de los tres estados inventada por el francés (cap. II) no sólo intenta ser un registro histórico-sociológico sino que se erige en la piedra angular de un edificio racional antiteísta, es decir, ateo. La clave de lectura de Comte está, para Cantero, en el ateísmo comtiano: «No hay sustitución de Dios por un dios –afirma el autor–, sino erradicación total de Dios» (pág. 31). Ateísmo activo que informa todo su sistema, desde la pretensión filosófica hasta los delirios religiosos, pasando por un sistema gnoseológico que absolutiza lo relativo, un relativismo que constituye la abdicación del entendimiento humano, la renuncia a la verdad y el punto de partida de la ideología. No cabe duda que la ley de los tres estados, con todas las vicisitudes a que la sometió su mismo inventor –y de las que Cantero da cuenta– acaba resumiéndose en una fe en el progreso en sentido científico y técnico, productivo, en la evolución que todo lo hace relativo, incluso el mismo progreso.

Comte, que se decía crítico de la revolución francesa, parece ser más hijo de ella de lo que creía. En efecto, como surge de la lectura del cap. III, la ley de la historia fuerza la formación de un consenso social del organismo social que es una réplica pseudo científica, por los acentos biologists, de la voluntad general de Rousseau –que Cantero advierte más adelante, págs. 112 y 135–. En efecto, Comte al igual que Rousseau postula un sistema socio-político unanimista sometido al control de una élite que prescribe o prohíbe de acuerdo a la doctrina social directora, que no es otra que la ideología comtiana.

Conforme a esa ley fundamental, Comte busca fundar (caps. IV y V) una religión «científica» que funge de instrumento de control ideológico, moral y espiritual, al que no sin eufemismo llama «gobierno de la opinión» mediante la educación, aunque en verdad

se trate del control de la opinión y de los espíritus por el estatismo. Comte, por tanto, no sólo desnaturaliza la religión en sus fines sino en toda su substancia: Dios deja su lugar al Ser Supremo, a la Humanidad, al hombre; la Revelación es reemplazada por la demostración, los sacerdotes por la elite filosófica positivista, los dogmas por la filosofía comtiana, la Iglesia por la Humanidad misma, el Papa por el ideólogo fundador. En la farsa religiosa de Comte, todo lo sobrenatural deviene natural; todo lo divino, humano; todo lo sagrado, secular. Como bien afirma Cantero Núñez, ella es «un culto totalmente laico» (pág. 67).

La religión encarna en un rígido control del nuevo dogma (cap. VI) ejercido como una depuración de todo saber y de toda ciencia en orden a sostener las afirmaciones de la filosofía positivista, trátase de la matemática, la biología, la física, la química o la moral. Del mismo modo, el sistema de control comtiano se extiende a un orden político (cap. VII) concebido como un todo homogéneo que absorbe a los individuos y las familias en la maquinaria social estatal, en la que no hay libertad y tampoco justicia –esto es, derecho– y que se asemeja a la realización de la república rusioniana. La ley social de la subordinación importa, en el sistema de Comte, concentración, regulación, obediencia, sistematizarlo todo, volverlo funcional al sistema, es decir, un sistema totalitario en el que no existe ni lo bueno ni lo malo, tan sólo lo prohibido o lo permitido por el poder.

Estos capítulos permiten despejar cualquier perplejidad de cara a las ideas comtianas. Se ha dicho de Comte que su filosofía era materialista, espiritualista, romántica; que sus ideas eran liberales, conservadoras, socialistas, progresistas; que debía ser visto como un sociólogo, un filósofo, un científico, un profeta; y así. Sin embargo, resulta claro que, más allá de toda etiqueta (véanse los caps. VII y XI), Comte es un positivista y que, por lo mismo, es todo lo contrario al filósofo en el sentido clásico del concepto, esto es, un ideólogo en el que es posible cualquier tendencia política. Anti-filosofía e ideología que apuntan a la construcción de un inmoderado monumento utópico de colores socialistas, si nos atenemos al concepto de socialismo de su discípulo y crítico Durkheim: un sistema que somete todo lo espontáneo, disperso e inorgánico de la vida social a un centro consciente, concentrado y orgánico.

En el fondo, la psicología del Comte hombre, un megalómano, puede explicar su ideología utópica (cap. X), alimentada por la fantasía de una misión regeneracionista humanitaria y fogoneada por una soberbia a toda prueba, que lo hizo cerrado a la crítica, lo convirtió en juez de todos y de todo y lo llenó de jactancia respecto de sí mismo y celo por su obra.

Un párrafo aparte merecen los capítulos que Cantero Núñez dedica a las influencias de Joseph de Maistre y Louis de Bonald sobre Comte (cap. IX) y a las interpretaciones e influencias del pensamiento comtiano (cap. XI). Estas dos secciones –como lo fue la primera parte de su tesis sobre Vallet– son, a mi juicio, una extraordinaria muestra de la vida intelectual francesa por más de un siglo –como aquélla lo fue sobre la filosofía del derecho español en el XX.

Cantero nos regala, a propósito de Maistre y Bonald, con un despliegue extraordinario de erudición y cultura en el que casi todos los escritores franceses son convidados a discutir sobre Comte y su sistema. En concreto, lo que interesa al autor es mostrar que los personalistas, los anticatólicos y los liberales no sólo han leído mal a Comte, Maistre y Bonald, sino que además no han advertido que Comte secularizó a los tradicionalistas franceses y que además mutiló al pensamiento tradicional al privarlo de su principio y fundamento: Dios creador y providente (pág. 135).

Por eso, Maistre y Bonald son contrarrevolucionarios y Comte un revolucionario que es la tesis conclusiva: decir que la suya es una organización católica sin doctrina católica y repetir el epigrama de uno y mil maneras es «ignorar lo que pretendió Comte y expresa el desconocimiento del catolicismo» por parte de quienes repican la misma campana (pág. 163).

Dejo para el final, porque es prueba de la honestidad intelectual y moral del autor, la influencia de Comte sobre Charles Maurras y la condena por Roma de éste y de la Acción Francesa. El tema le permite a Cantero limitar y valorar la recepción del método positivista por el gran contrarrevolucionario –al que admira y conoce en profundidad–, pero también rever y rectificar alguna afirmación suya anterior sobre los motivos de la condena de la Iglesia, que admite ahora, tras treinta y cinco años, que obedeció a razones políticas, pero también y fundamentalmente doctrinarias y religiosas.

Concluyo. Este nuevo libro de Estanislao Cantero Núñez es sumamente valioso porque explica a Comte y lo enjuicia en el núcleo mismo de toda su utopía ideológica: su ateísmo visceral y su anticatolicismo total. Pero, como era de esperar de él, Cantero aprovecha para obsequiarnos un panorama erudito de la vida intelectual en Francia desde comienzos del siglo XIX hasta inicios del XX. No tengo dudas de que esta obra enriquece y engalana la colección de «Prudentia Iuris».

Juan Fernando SEGOVIA

Francisco Núñez del Arco Proaño, *Quito fue España. Historia del realismo criollo*, Quito, Editorial JG, 2016.

El estudio de la Historia como disciplina científica forma parte de la base que la modernidad ha constituido para conocer y comprender, tanto a sí misma como a otras épocas que la precedieron. En las últimas décadas, con la revolución metodológica de la «Escuela de Cambridge», los textos políticos-históricos de los pensadores clásicos comenzaron a ser leídos dentro de los contextos históricos en que fueron generados, teniéndose en cuenta el horizonte político y social, como la propia biografía del autor, para así hallar la intencionalidad que el mismo muchas veces ocultaba, quizás inconscientemente, con la creación de su propia obra. Si quisiéramos buscar la intencionalidad de los historiadores modernos sudamericanos, encontraremos que la misma tiene como fin la conformación de una ideología para la comprensión de los procesos históricos. Ideología donde se resguarda los valores que sirvieron para construir su propia época. Sin embargo, en este resguardo, la Verdad fue ocultada; y sigue siendo ocultada para no herir las susceptibilidades, no solo del mundo académico sino de la sociedad entera que fue educada sobre los mencionados valores, los cuales, se van desmoronando paulatinamente en nuestros días.

Por ello, para hacer justicia a la Historia, debemos buscar trascender las aficciones y desilusiones que genera el descubrimiento